Evolución del pensamiento estratégico marítimo y su influencia en la Marina de Guerra del Perú



Capitán de Fragata
JORGE ORTIZ SOTELO

Para abordar el tema de la evolución del pensamiento estratégico marítimo y la forma como dicha evolución ha influido en nuestra Armada, en un marco lógico, quizá debamos hacer primero algunas precisiones respecto a qué entendemos por estrategia.

La pregunta podría parecer innecesaria, pero creemos indispensable plantearla por cuanto el concepto se ha generalizado y se aplica hoy en casi todas las áreas del quehacer humano. Cuando este tipo de cosas suceden, lo conveniente es retornar a la idea primigenia, a la que le dio origen y constituye su verdadera esencia, aquella con la que el Diccionario de Lengua Española de la Real Academia define la palabra "estrategia" en su primera acepción: "arte de dirigir las operaciones militares".

No pretendo insistir en el origen del concepto, aquel que nos remonta a los jefes militares que cada una de las diez tribus atenienses elegían anualmente, sino en su intrínseca vinculación con la guerra.

Esto lleva a una precisión indispensable, pues quienes profesan la carrera de las armas también deben aplicar la segunda acepción que del término estrategia recoge el referido diccionario; vale decir, "arte, traza para dirigir un asunto". Sin embargo, hay que tener presente que esta acepción no es privativa de la profesión militar, como sí lo es la primera. En consecuencia, la materia que le

compete estudiar en profundidad al profesional militar es la referida a la guerra, lo que obviamente no implica dejar de lado aquella otra estrategia referida al "arte, traza para dirigir" los temas del desarrollo y la gestión institucional.

Como todo en la vida es cuestión de balance, este compromiso entre ambos conceptos de estrategia también debe ser balanceado adecuadamente. Sin embargo, esto no siempre ha sido así, y hubo épocas, en ocasiones prolongadas, en que los temas de gestión se impusieron sobre los temas que constituyen la esencia misma de la profesión de las armas: la guerra.

Hecha esta necesaria precisión, entremos en materia.

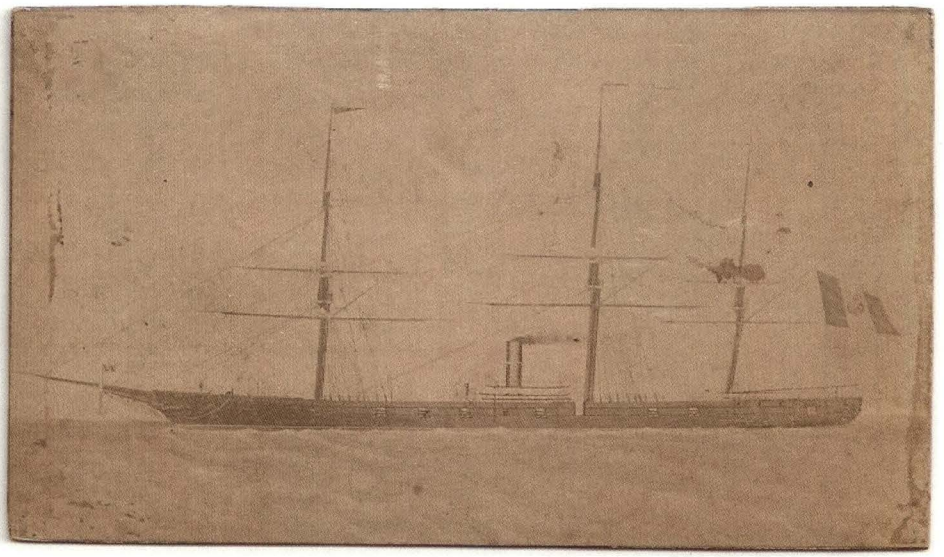
Como acostumbro pedir a mis alumnos, lo primero que hay que hacer con un tema es pelear un poco con él para de esa manera definir los conceptos que encierra. Es así que, para tratar sobre la evolución del pensamiento estratégico marítimo y su influencia en la Armada peruana, podemos plantearnos varias preguntas, tales como: ¿Qué es estrategia marítima?, ¿qué es pensamiento estratégico?, ¿cómo se ha abordado el tema en otros países?, y finalmente, ¿cómo se ha enfocado la estrategia en el tema en el caso que nos interesa?

Abordemos la primera de estas preguntas.

¿Qué es estrategia marítima?

Parafraseando al General André Beaufré, la guerra es una lucha de voluntades, cuya finalidad última se ubica en el plano político. Constituye un acto de creatividad del genio humano que emplea la ciencia y la tecnología disponible para alcanzar sus fines. El curso y el resultado de cada guerra son determinados por la interacción de una gran cantidad de factores que no siempre pueden ser identificados, definidos o cuantificados con precisión. El peso de factores como la moral nacional, el resultado de una batalla específica, el ingreso de nuevos contendientes, o la conducta de los líderes políticos y militares, no puede ser determinado con exactitud. Más que ninguna otra actividad humana, la guerra está dominada por la incertidumbre, la fricción y el azar.

En ese contexto, la fuerza es empleada como un factor esencial, pero no único, para el logro del objetivo político u objeto de la guerra, y su aplicación es la que demanda de la estrategia a la que nos referimos. A través de ella se definen los objetivos estratégicos militares y se conciben las operaciones requeridas para



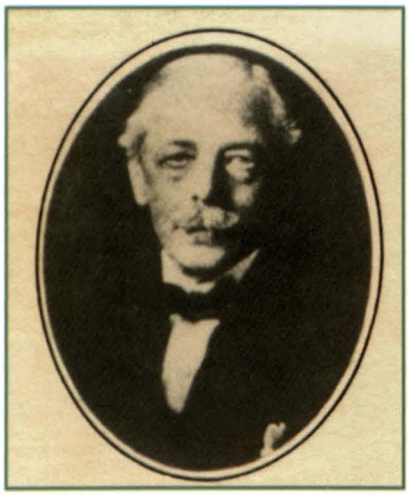
Corbeta Unión. Su expedición a Magallanes, en 1879, generó un gran apremio las fuerzas chilenas, obligándolas a dispersarse (foto cortesía del capitán de corbeta (r) Jorge Gamero Cunningham).

su logro. Cada uno de estos grandes esfuerzos militares sustantivos configura a su vez un teatro de operaciones.

Salvo casos excepcionales, como las guerras anglo-holandesas del siglo XVII, dichos objetivos estratégicos se ubican en tierra e implican el empleo de fuerzas terrestres para su última definición. En tal sentido, en el contexto general de la guerra, tanto el esfuerzo naval como el aéreo resultan usualmente suplementarios al esfuerzo terrestre. Esto presupone que el esfuerzo estratégico sea concebido de manera integral y llevado a cabo conjuntamente.

No obstante lo señalado, las operaciones navales, tal como ocurre con las aéreas, tienen características peculiares, y es por ello que requieren de un manejo estratégico específico dentro del esfuerzo general. Ese es el campo de la estrategia naval, aquel en el que se conciben operaciones para el más adecuado empleo de los medios disponibles, de manera que se puedan alcanzar los objetivos que contribuyan al esfuerzo militar.

La clave en toda concepción estratégica es la imaginación, pero no una imaginación cualquiera, sino una que haya sido cultivada sobre la base de experiencias propias y ajenas, a fin de tener un mayor número de opciones para emplear los medios disponibles. Esto no siempre está presente en los mandos operacionales, pues muchas veces la doctrina impone formas de acción que resultan limitantes. Ese fue el viejo dilema de la Marina Real británica con sus



Sir Julian Corbett propone que la finalidad de una fuerza naval no es la destrucción de la fuerza contraria sino el control de las líneas de comunicaciones.

instrucciones de batalla, que encorsetaron la iniciativa de sus Almirantes durante más de un siglo, hasta que el genio de Nelson, expresado en su memorándum de 1805, marcó el inicio de su declive (Corbett, 1904-1905).

La guerra en el mar, como se practicó desde etapas muy tempranas, consistió, pues, en un conjunto de acciones referidas a su control y uso como parte del esfuerzo general de la guerra. Esto define dos campos de acción estratégicos, el primero orientado a obtener o negar el control del mar; y el segundo, a hacer uso de ese control, vale decir, hacer uso libre del mar, o con las menores interferencias posibles, para contribuir al esfuerzo general de la guerra.

El control del mar se refiere al control de las comunicaciones marítimas, y puede ser general o parcial, en función del nivel de interferencia a las operaciones en el tiempo y en el espacio. Dicho control puede darse en tres condiciones: en las propias manos, en las del contrario o en disputa.

Dado que la flota preponderante tiende a obtener el control del mar mediante una batalla decisiva, que la no preponderante busca evitar, la disputa es la situación normal en la guerra naval –usualmente al inicio de la misma y muchas veces a todo lo largo de ella– y, por consiguiente, es la más importante para la estrategia. Tal fue el caso de la campaña naval durante la Guerra del Pacífico, cuando la escuadra chilena buscó obstinadamente una batalla decisiva, descuidando sus líneas de comunicaciones, lo que permitió al Perú resguardar las propias e interferir en las del enemigo.

Este es el campo de la maniobra estratégica, o de la correcta aplicación del principio militar fundamental, y los métodos que emplea son la contención, la diversión, la concentración o el bloqueo, en esfuerzos que pueden ser ofensivos, con componentes defensivos; o defensivos, con componentes ofensivos.

Tenemos varios ejemplos de este tipo de maniobras en la historia peruana, que debe ser fuente primaria de inspiración estratégica. Así, la campaña naval en la guerra con Colombia en 1828 aplicó el bloqueo como herramienta para

obtener el control del mar, mientras que la concentración de fuerzas navales peruano-chilenas en el extremo sur del continente, en 1866, las preservó para un ulterior empleo, que no llegó a producirse, en la guerra con España. Por otro lado, la a veces criticada expedición de la corbeta "Unión" al estrecho de Magallanes, profundamente dentro del espacio marítimo supuestamente controlado por las fuerzas chilenas, generó una enorme diversión que la obligó a dispersarse. Asimismo, durante el combate de Islay (12-13/1/1838), la flotilla del Capitán de Fragata Juan José Panizo maniobró brillantemente para contener a una fuerza chilena superior; mientras que el escuadrón peruano-colombiano, al mando del Contralmirante Jorge Martín Guise, llevó a cabo un esfuerzo de mayor escala al enfrentar a las fuerzas realistas que, bajo el mando del Capitán de Fragata Roque Guruceta, se encontraban en el Callao en octubre de 1824.

En esencia, el ejercicio del control del mar permite tres tipos de operaciones: transportar carga, atacar las líneas de comunicaciones contrarias y defender las líneas de comunicaciones propias.

Ahora bien, obtenido el control del mar, lo que viene luego es hacer un uso adecuado de este.

En esencia, el ejercicio del control del mar permite tres tipos de operaciones: transportar carga, atacar las líneas de comunicaciones contrarias y defender las líneas de comunicaciones propias. La primera se refiere primordialmente a fuerzas militares y a elementos esenciales al esfuerzo de la guerra, tal como sucedió durante la campaña naval de la Guerra del Pacífico, que logró concentrar en el sur del país a las fuerzas militares peruanas y mantener abierta la vital comunicación con Panamá.

El método principal de ataque a las líneas de comunicaciones contrarias es la guerra de corso, que por definición actúa sobre el comercio enemigo. Obviamente, este método tiene una serie de implicancias legales por la actividad neutral, pero constituye una herramienta poderosa para producir un efecto psicológico negativo en la población contraria y obligar a dispersar sus fuerzas. La Guerra del Pacífico también brinda un magnífico ejemplo de este tipo de guerra, con el "Huáscar", la "Unión", la "Pilcomayo", el "Rímac" y el "Oroya" actuando repetidas veces entre la fuerza naval chilena y su base principal. La presión que esta campaña ejerció sobre la población contraria alcanzó su punto

La réplica a las operaciones de proyección también es una responsabilidad naval e implica operaciones de defensa contra la invasión y de defensa de costa.

culminante con la captura del "Rímac" (25/7/1879), mientras que la profunda operación de interdicción que la "Unión" intentó realizar en Magallanes, en agosto de ese año, generó la dispersión de la flota enemiga.

Finalmente, la defensa de las líneas de comunicaciones propias se lleva a cabo de manera directa cuando emplea medios secundarios, ofensiva o defensivamente, para proteger determinados puntos críticos durante el tiempo necesario. La actuación de la fuerza principal, y su búsqueda de obtener el control del mar, brindarán una protección indirecta, que complementa a la directa y a la defensa de costa. También se deben considerar operaciones de cobertura y minado.

Pero el fin último del ejercicio del control del mar es la proyección del poder militar en territorio enemigo. Esta puede tener incidencia estratégica en el caso de una operación anfibia u operación costa a costa que permita abrir un nuevo teatro, mejorar la posición para la flota o para conducir operaciones terrestres ulteriores que aseguren un área. Tiene incidencia táctica cuando son operaciones de tipo incursión, demostración, retirada anfibia, sabotaje, bombardeo naval o ataque aeronaval, pues en todos estos casos se busca neutralizar, negar o disturbar la posición contraria.

La réplica a las operaciones de proyección también es una responsabilidad naval e implica operaciones de defensa contra la invasión y de defensa de costa. La primera de ellas tiene carácter estratégico, pues busca anular la ofensiva estratégica contraria materializada por un asalto anfibio y, en consecuencia, implica todo el poder militar, siendo ideal concentrar su esfuerzo en la fuerza de desembarco durante el tránsito o, si ello no es posible, en la etapa crítica del asalto. El desembarco británico en bahía San Carlos durante la Guerra de Malvinas (21/5/1982) da un buen ejemplo de lo que fue una pérdida del objetivo principal en una operación de defensa contra la invasión, pues si bien los pilotos argentinos hicieron valerosos y meritorios ataques, por diversos motivos estos se concentraron en la fuerza de cobertura y no en la de desembarco.

La defensa de costa, siendo responsabilidad naval, también implica otros componentes. Su carácter es táctico, pues se concentra en áreas consideradas



En 1933, el entonces teniente primero Fernando Romero publicó un valioso y poco conocido trabajo sobre la guerra fluvial, analizando el conflicto con Colombia a la luz de otras experiencias (cortesía de su nieto Alberto de Asín Romero).

vitales y para amenazas específicas. Ejemplos conocidos de estas operaciones fueron las defensas del Callao y Arica durante la Guerra del Pacífico, empleando en ello todos los medios navales disponibles localmente: buques, lanchas cañoneras y torpedos. Menos conocida es la participación naval en la defensa de Pisagua (2/11/1879), por medio de la artillería de costa al mando del Capitán de Fragata José Benavides, y de la columna naval organizada por el capitán de puerto, Capitán de Fragata José Becerra.

En resumen, siendo la estrategia una expresión de creatividad destinada a lograr un objetivo militar con los medios disponibles, todos los líderes militares la usan para concebir sus operaciones. Ahora bien, dicha concepción puede ser brillante, acertada, pobre o catastrófica, y el estudio de esos casos permite arribar a determinadas conclusiones y extraer de ellas algunas lecciones perdurables en el tiempo. Esto nos lleva a abordar el segundo tema de análisis.

¿Qué es pensamiento estratégico?

La idea de alimentar la imaginación estratégica con experiencias previas llevó a muchos líderes militares a recurrir a la historia. Uno de ellos, quizá el más brillante de todos los tiempos, Napoleón Bonaparte, no solo leyó *La Guerra de las Galias* de Julio César, sino que anotó con profusión esa obra, extrayendo de ella algunas lecciones para sus campañas. Era consciente de la importancia de tener un profundo conocimiento de la historia militar propia y ajena; y esto fue precisamente lo que hicieron aquellos a quienes conocemos como pensadores estratégicos. Tal fue el caso de Sun Tzu al analizar su campaña como General del naciente estado Wu en sus luchas contra Ch'u y Yüeh; de Karl von Clausewitz y Antoine-Henri Jomini al hacer lo propio desde distintas perspectivas de las campañas napoleónicas y de Federico el Grande; de Sir Julian Corbett en igual caso respecto a las campañas navales británicas, esencialmente del siglo XVII; y de Alfred T. Mahan al estudiar la Segunda Guerra Púnica y las campañas navales británicas del XVII y XVIII. Lo mismo puede decirse de Basil Liddell-Hart, Herbert Richmond, Raoul Castex, André Beaufre y otros pensadores estratégicos.

En el campo naval, sin duda quien impulsó esta aproximación a los estudios estratégicos fue Alfred T. Mahan (1840-1914), quien al mando del USS "Wachusett" se hallaba en el Callao en 1884. Como señalaría años después, durante una de sus visitas a Lima se dirigió al viejo club inglés, el "Phoenix", y en su biblioteca se puso a leer *The History of Rome,* de Theodor Mommsen (Londres, 1868), cuando se dio cuenta de la importancia del control del mar. El fracaso de Aníbal (247-183 a. C.) en su campaña sobre Roma (218-202 a. C.) le hizo reflexionar sobre el tema: "repentinamente me di cuenta de ello [...]; cuán diferente hubieran sido las cosas si Aníbal hubiese podido invadir Italia desde el mar [...], o si hubiese podido, después de arribar, mantener libres sus comunicaciones con Cartago por vía marítima". Allí estaba la clave del apogeo y caída de los imperios: el control del mar o la falta de él: "[...] el control de los mares era un factor histórico que nunca había sido sistemáticamente apreciado y explicado. Una vez formulado a conciencia, este pensamiento se convirtió en el meollo de todo mi trabajo de los veinte años siguientes" (Ferreiro, 2008: 901-06).

Mahan había creado su teoría. Ahora, faltaba construir el aparato teórico que la sustentara. Y eso fue precisamente lo que comenzó a hacer con su obra más conocida, *The Influence of Sea Power upon History,* 1660-1783 (Boston, 1890),

aparecida cuando ya se encontraba como Director de la Escuela Superior de Guerra Naval Norteamericana. Sus obras posteriores giraron en torno al mismo tema, constituyendo a la vez el fundamento teórico que Estados Unidos, y en particular su Armada, necesitaba para iniciar un proceso expansivo que lo llevó a establecer un imperio.

En el campo naval, sin duda quien impulsó esta aproximación a los estudios estratégicos fue Alfred T. Mahan (1840-1914), quien al mando del USS "Wachusett" se hallaba en el Callao en 1884.

En su análisis, Mahan consideró los fundamentos para la construcción del poder marítimo, señalando el papel que al poder naval le cabía en ello. Con una marcada preferencia por la búsqueda de la batalla decisiva, como herramienta primaria para obtener el control del mar, también abordó otro tipo de operaciones. Pero su enfoque primario se concentró esencialmente en la destrucción de la flota enemiga, como propósito principal de las fuerzas navales.

Con una formación académica más sólida, el historiador británico Sir Julian S. Corbett (1854-1922) discrepó de algunos de los conceptos de Mahan, especialmente al señalar que la estrategia marítima y la terrestre forman un todo indivisible, en el que la finalidad de las fuerzas navales no es destruir la flota contraria sino obtener el control de las comunicaciones marítimas. Como resultado de sus investigaciones sobre las guerras británicas, desde el periodo isabelino hasta su consolidación como primera potencia tras las guerras napoleónicas, y de su experiencia al frente de la cátedra de Historia en el Royal Naval College, en 1906 publicó el llamado panfleto verde, *Strategical Terms and Definitions Used in Lectures of Naval History;* y luego, en las mismas clases, fue surgiendo su obra principal, *Some Principles of Maritime Strategy,* publicada en 1911 (Grove, 1988: XVI).

Quizá con una mejor comprensión de la guerra como un fenómeno político, tal como la había definido Clausewitz, Corbett plantea en esa obra algunas ideas interesantes, entre ellas que la guerra no se gana solo en el campo militar, sino que resulta fundamental presionar la voluntad de lucha: "la estrategia naval no existe como un cuerpo separado de conocimiento. Es solo una sección de una división del arte de la guerra" (Corbett, 1911: 307); y que es indispensable una estrecha cooperación y una estrategia común entre los servicios armados, pues el poder naval, siendo quizá más flexible que los otros poderes militares, solo puede alcanzar objetivos limitados.

Corbett pone particular énfasis en los conceptos referidos a las comunicaciones marítimas, y define la estrategia naval como el arte de conducir las operaciones de una fuerza naval para proteger las líneas de comunicaciones propias e interrumpir las del enemigo.

Corbett pone particular énfasis en los conceptos referidos a las comunicaciones marítimas, y define la estrategia naval como el arte de conducir las operaciones de una fuerza naval para proteger las líneas de comunicaciones propias e interrumpir las del enemigo. En tal sentido, obtener el control del mar significa controlar las comunicaciones, lo cual en raras ocasiones se puede lograr mediante una batalla decisiva. Lo usual, según lo validan sus estudios, es la disputa; y en consecuencia pone énfasis en ella.

Los conceptos de Corbett fueron tomados con cierta reluctancia en la Armada británica, entre otros motivos por provenir de un académico y no de uno de sus miembros; pero el respaldo, primero del Almirante John Fisher, y luego el del Almirante Sir Herbert William Richmond (1871-1946), contribuyeron a que fueran siendo aceptados.

Este último no solo suscribió las ideas de Corbett, sino que las profundizó, convirtiéndose de algún modo en su heredero intelectual como historiador y pensador estratégico. Richmond había ingresado a la Armada en 1885 y desde sus años iniciales fue muy crítico respecto a la preocupación que la Institución mostraba por el material, descuidando el estudio de la estrategia y la táctica, cuya comprensión solo podía entenderse, según señalaba Richmond, a través del estudio de la historia.

Durante la Primera Guerra Mundial, Richmond hizo diversas críticas a la conducción de la campaña naval, señalando que el Almirantazgo carecía de imaginación estratégica. Canalizó sus puntos de vista tanto a través de los canales regulares como mediante cartas y memorandos a sus amigos, e incluso utilizó en forma extensa la prensa de su país. Sir Winston Churchill lo consideró un impertinente, pero su situación se agravó luego de probarse que muchos de sus puntos de vista eran correctos, entre ellos el restablecimiento del viejo sistema de convoyes (Baugh, 1993: 12).

Lo esencial de su pensamiento no iba en el sentido de destacar la última tecnología disponible, sino en "que los oficiales navales y los estadistas tuviesen sus

mentes ricamente informadas por un amplio rango de conocimiento histórico y que estuviesen analíticamente preparados para hacer uso de ese conocimiento a la luz de las condiciones presentes y previsibles". Añadía que esto era particularmente cierto cuando las guerras más recientes tapan el pasado, pero que "no debemos permitir que una sola guerra, por más reciente y significativa que sea, domine el pensamiento estratégico" (Baugh, 1993: 12).

En la línea de lo que luego se conoció como el principio militar fundamental, Richmond señaló que tres principios fundamentales surgen de la experiencia y el análisis: a) seleccionar el objetivo correctamente y basar todas las acciones en su logro; b) lograr superioridad en el lugar y en el momento decisivo, y mantenerlo tan grande como sea posible; y, c) asegurar las bases vitales y las comunicaciones con el mínimo compromiso de fuerzas (Richmond, 1937: 33).

Las ideas de Corbett y Richmond fueron estudiadas con sumo interés por el Contralmirante Raoul Victor Patrice Castex (1878-1968), con la diferencia de que su perspectiva de análisis correspondía a la de un país que no había logrado constituirse en una potencia marítima dominante, sino que tradicionalmente había rivalizado con Gran Bretaña para alcanzar esa posición. Crítico implacable de la forma como Francia había conducido política y militarmente la Primera Guerra Mundial, publicó varios libros y artículos antes de ser designado en 1926 profesor de Estrategia Naval en el Centro de Altos Estudios Navales, cargo en el que comenzó a escribir sus *Teorías Estratégicas,* que aparecerían en cinco volúmenes entre 1927 y 1935.

Comprendiendo que Francia era un país que no tenía en la Armada su primera prioridad, consideró que sus integrantes debían privilegiar el concepto de la maniobra, sin descuidar por ello la importancia del desarrollo tecnológico de las armas y su uso combinado. Estaba convencido de que la ausencia de una comprensión de la estrategia y su evolución histórica había sido la causa de las fallas francesas durante la Gran Guerra.

Si bien la batalla decisiva seguía siendo el máximo logro de la guerra naval, usualmente era rara. Por ello, el interés de una Marina menos poderosa como la francesa, comparada con la británica, estaba en aceptar la batalla solo cuando había utilizado la maniobra para crear una situación de ventaja relativa, algo similar a lo que Liddel Hart planteaba con su estrategia de aproximación indirecta. En consecuencia, la maniobra y no la batalla es el elemento central de su trabajo. Aquella envuelve diferentes formas de combatir: ataque al comercio, bloqueo, incursiones navales, guerra de minas y operaciones anfibias, todas las operaciones que habían sido calificadas por Mahan como distracción de la flota.

Los cuatro pensadores estratégicos mencionados tienen algunos aspectos en común; el primero y más obvio es que cada uno construye un aparato teórico para analizar la guerra naval sobre la base de experiencias históricas. Otro, menos obvio, es que todos ellos empezaron a trabajar estos temas en una edad relativamente temprana (Corbett a los 35 años, Richmond y Mahan a los 43, y Castex a los 26), y pudieron dedicarse largos años a estudiar y analizar las experiencias militares pasadas para poder sacar conclusiones valederas de ellas. También resulta claro que los aparatos teóricos que se crearon, se realizaron tomando en cuenta los intereses o, al menos, el entorno de su respectivo país; y que no todos estos pensadores fueron necesariamente brillantes en la aplicación práctica de sus propias teorías, cosa que es más evidente en el caso de Corbett, quien simplemente no tenía cómo actuar en el campo operacional.

En tal sentido, podríamos concluir que el desarrollo del pensamiento estratégico no requiere indispensablemente su ejercicio por parte de quienes lo producen. Naturalmente, hubo y hay líderes militares que son brillantes estrategas, pero ello no significa que teoricen sobre sus propias acciones en el campo de batalla. El mejor ejemplo de un líder de ese tipo lo encontramos en Napoleón Bonaparte, quizá el jefe militar más brillante de todos los tiempos. Sabemos que fue ávido lector de historia militar, pero no produjo ninguna obra sobre estrategia militar.

Los cuatro reseñados no fueron los únicos pensadores estratégicos, pero sin duda fueron los más influyentes, y muchos aspectos de sus obras se mantienen en plena vigencia.

Ahora bien, valdría la pena revisar brevemente cómo se ha abordado el tema del pensamiento estratégico en otros países. Por diversas razones, los países latinoamericanos que han producido más bibliografía sobre el tema son Argentina, Brasil y Chile. Pero si bien esos esfuerzos han sido meritorios, la institucionalización de ese tipo de estudios se ha canalizado a través de sus respectivas escuelas de guerra naval, y más recientemente a través de sus centros de estudios estratégicos, mecanismos que han sido adoptados en otros países de la región. En otras latitudes también existen organizaciones de ese tipo, algunas de ellas de carácter privado, que brindan servicio a sus respectivas Armadas.

No obstante, algunos de estos centros de estudios estratégicos se apartan del aspecto primario de la estrategia, la guerra, optando por centrar sus esfuerzos en aspectos más cercanos a la política de desarrollo marítimo de sus países.

Obviamente, esta aproximación resulta totalmente válida, pero escapa al tema que abordamos.

Ahora bien, debemos preguntarnos cómo se ha enfocado el tema en el caso peruano.

Es obvio que el Perú ha tenido y tiene líderes navales capaces de conducir nuestras fuerzas de manera eficiente, para alcanzar los objetivos militares y apoyar el objetivo político. La rica historia peruana brinda varios ejemplos, entre ellos las campañas navales de la Guerra con Colombia (1828-1829), la Guerra del Pacífico (1879-1883), la segunda Guerra con Colombia (1932-1933) y la Guerra con Ecuador (1941).

> En tal sentido, podríamos concluir que el desarrollo del pensamiento estratégico no requiere indispensablemente su ejercicio por parte de quienes lo producen.

Sin embargo, resultan más magros los casos de desarrollo de pensamiento estratégico propio, donde solo nos viene a la mente el caso del doctor y Capitán de Fragata Fernando Romero Pintado (Ortiz Sotelo, 1999), cuyo trabajo, clasificado como secreto, *Las fuerzas de la Marina en el nor-oriente y la guerra fluvial,* sobre la Guerra con Colombia, apareció en 1933, en un tiraje de solo 100 ejemplares; y los folletos publicados por la Escuela Superior de Guerra Naval, *Apuntes sobre Poder Marítimo y estrategia naval,* del Contralmirante César Barandiarán Novoa (1971) y Estrategia-Poder Marítimo y Poder Naval, del Contralmirante Melitón Carvajal Pareja (s/f). Asimismo, cabe destacar el aporte que este último oficial ha hecho en el Tomo XI de la *Historia Marítima del Perú* (vol. 1, 2004; vol. 2, 2006) al analizar con profuso detalle la campaña naval de la Guerra del Pacífico.

Naturalmente, hay varios artículos sobre temas estratégicos que han aparecido esporádicamente en la *Revista de Marina,* pero en conjunto no alcanzan el peso específico de lo que podríamos calificar como una escuela de pensamiento estratégico.

En 2006, hice un balance de lo aparecido en la Revista de Marina, encontrando que entre 1930 y ese año se habían publicado 88 trabajos sobre temas estratégicos, cuatro de ellos referidos a casos peruanos –esencialmente relatos históricos–, cinco se centraban en Mahan, Corbett y Clausewitz, y algunos pocos hacían propuestas originales pero no las sustentan en el análisis de campañas

> Lo cierto es que, siendo el Perú el país que más guerras ha sostenido en Sudamérica, tiene una rica experiencia que debe ser materia de análisis e interpretación

precedentes. La gran mayoría analizó campañas externas pero no planteó conclusiones ajustadas a las posibilidades previsibles del país. Asimismo, encontré que muy pocos de los que habían escrito sobre estos temas perseveraron en su estudio, siendo quizá las excepciones los Almirantes Julio de los Ríos, José García Valdivieso, Alberto Jiménez de Lucio y Raúl Parra Maza, así como el Capitán de Navío Miguel Pérez Carmelino.

Sin embargo, esta situación parece estar cambiando en los últimos años, pues cada vez se encuentran más trabajos de oficiales relativamente jóvenes sobre temas estratégicos en su sentido más estricto, tanto en la referida Revista como en la *Revista de la Escuela Superior de Guerra Naval* (1993). Es igualmente alentador conocer la reciente aparición del trabajo del Contralmirante Carlos de Izcue Arnillas y los entonces Capitanes de Fragata Yuri Tolmos Mantilla y Andrés Arriarán Schäffer, *Apuntes de Estrategia Operacional* (Callao, 2009); habiendo anunciado además la próxima aparición de otro volumen sobre Guerra Naval.

Esto es muy importante, por cuanto la imaginación estratégica y la capacidad innovadora son más vigorosas en esa etapa de la vida, permitiendo extraer lecciones novedosas de las experiencias pasadas. En tal sentido, esperar 30 o 40 años de ejercicio de la profesión militar para comenzar a pensar críticamente en temas estratégicos resulta no solo una contradicción histórica, sino que también puede llevar al planteamiento de análisis poco innovadores.

Es cierto, por otro lado, que las escuelas de guerra en todas partes del mundo centran sus esfuerzos en difundir el pensamiento estratégico. En la peruana ese ha sido el caso, editando trabajos como el de Geoffry Till, *Estrategia Marítima y la Era Nuclear* (1989), o los dos volúmenes y un suplemento de *Antología Estratégica* (1998), y las Conferencias Magistrales en Política y Estrategia Naval War College (1993 y 1999).

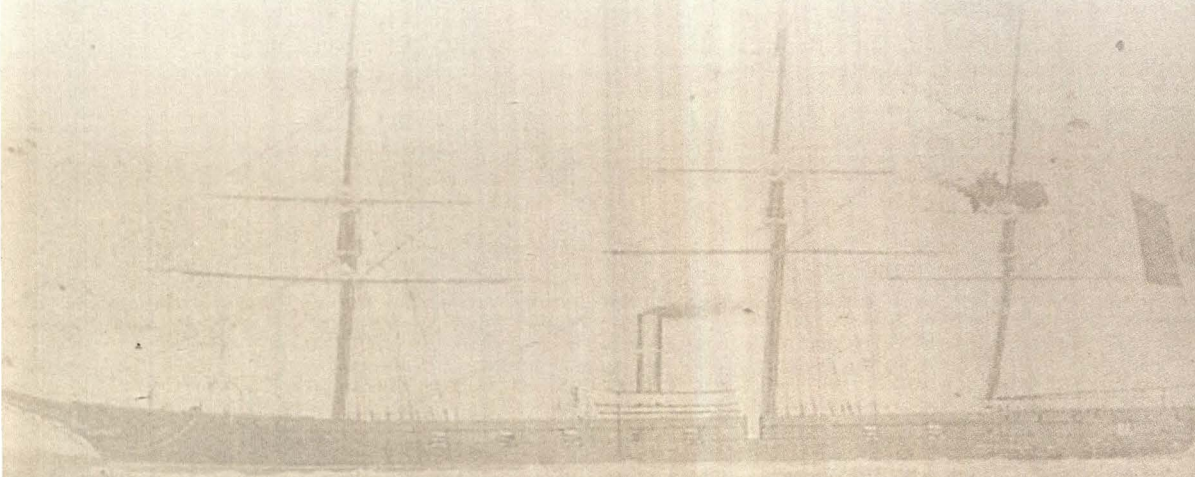
Pero, dichos esfuerzos no constituyen en sí una escuela generadora de pensamiento estratégico. Usualmente recurrimos a los pensadores clásicos ya mencionados, o a otros analistas contemporáneos, pero la ya señalada carencia de producción propia puede llevar a fertilizar la imaginación estratégica de los futuros líderes militares con experiencias poco aplicables a nuestra realidad.

Lo cierto es que, siendo el Perú el país que más guerras ha sostenido en Sudamérica, tiene una rica experiencia que debe ser materia de análisis e interpretación, con proyección sobre la realidad actual. Eso es lo que se ha hecho en otras latitudes, y eso es lo que debemos hacer para poder contar con una vigorosa escuela de pensamiento estratégico naval.

Este es el esfuerzo que en los últimos años ha venido llevando a cabo un pequeño equipo de profesores y asesores de la Escuela Superior de Guerra Naval. Tomando como punto de partida los conocimientos teóricos de estrategia y pensamiento estratégico que han recibido, en el curso de Comando y Estado Mayor se analizan diversas guerras en el mundo occidental, desde aquella del Peloponeso hasta la de Malvinas; mientras que en el curso de Guerra Naval se hace lo propio con las guerras nacionales, desde la sostenida con Colombia en 1828-1829, hasta la que venimos sosteniendo contra la subversión desde 1980. En ambos casos, de lo que se trata es de extraer lecciones aplicables a nuestra realidad.

Cabe destacar el esfuerzo llevado a cabo por la Comisión de Estudios Estratégicos del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, que pone su principal énfasis en temas que no necesariamente tienen que ver con la guerra, materia primera y última de la profesión naval.

Para finalizar, cabe mencionar unas palabras de la cuarta conferencia que el Contralmirante William S. Pye ofreció al segundo curso de Estado Mayor, en 1931: "Estrategia es el arte de emplear batallas para obtener el objetivo de la guerra; ella decide cuándo y dónde se debe pelear; comprende la dirección de las Fuerzas Armadas que no están en contacto con el enemigo". Esta es la esencia de la profesión naval, y a su estudio y comprensión los oficiales de Marina deben dedicar sus mejores esfuerzos.




DP WORLD